

Desde el momento en que ella supo la acusación del Príncipe, la causa de ella, y las pocas esperanzas que había de salvarlo, trató de saber quién había sido el delator, y conseguido su objeto, se encerró en su palacio, al cual mandó traer á una mujer con quien se quedó á solas, sin permitir que nadie penetrase en sus habitaciones.

El sol estaba en mitad de su carrera, cuando una inmensa exclamación de dolor, algo como un murmullo semejante al apagado rugido de muchas fieras, se escapó de la multitud apiñada en las puertas del palacio, cuando los pregoneros anunciaron que el Príncipe Nauhyotl, el heredero del trono y el hijo más querido del rey estaba sentenciado á muerte. Después de pasada la primera y dolorosa impresión la multitud se alejó, quedando la plaza desierta, y en medio de ella algunos hombres levantando un patíbulo....

X

A pesar de la prohibición de Tula para que á nadie se le permitiese verla mientras duraba la conferencia con la mujer que había hecho conducir á su palacio, un magnate de la corte, revestido con todos sus adornos é insignias, insistió en verla, manifestando interesarle mucho hablar con la Señora, respecto del Príncipe Nauhyotl.

Introducido el personaje á la presencia de Tula, ésta, al verlo, lanzó una exclamación extraña, mezcla de rugido y lamento, que hizo temblar y palidecer al magnate.

—¿Qué quieres aquí, maldito de los dioses?—le dijo Tula trémula de cólera.—¿Aun no están saciados tus instintos de liebra? ¿Aun quieres mi vida á más de la del desdichado Príncipe, condenado á muerte por tu causa? ¿No temes la cólera de Tlazoltcoatl?¹ ¡Huye, huye, miserable, porque tu vista me horroriza!

—Perdóname, reina de las flores,—dijo el magnate.—Alegria y belleza de las praderas de Anáhuac, perdóname.... pero yo te amaba.... yo te amo.... y no podía permitir que otro te amase y tú fueras suya. Mi pasión y mis celos me han extraviado, tus desdenes me han enloquecido, y....

—No prosigas, infame delator, porque hoy, como nunca, tu baja pasión me inspira más desprecio y más horror que tu infamia. ¡Mi perdón! ¿Quieres mi perdón? ¡Oh! sí... sí... yo te lo daré.... te lo daré cuando hayas bajado á las oscuras mansiones de *Mictlán*.²

—¡Tula! ¡Tula!—gritó el magnate,—si no me arañas, mi venganza contigo será más cruel de lo que ha sido con Nauhyotl.

—No temo tu venganza, pues dentro de poco podré y valdré más que tú. Sal, vete, no quiero que manches mi casa con tu hálito ponzoñoso. Y uniéndolo la acción á la palabra, con ademán de reina señaló la puerta al magnate, quien se alejó lanzando sobre Tula una mirada tan llena de amor como impregnada de odio.

Entonces la favorita se volvió á la mujer que la acompañaba y que presenciaba tan extraño diálogo, diciéndole:

—Este es, ya lo conoces, sé inexorable con él, pues que *Teotl*³ lo ha puesto en nuestras manos. Cuando hayas terminado, véme á esperar en el *Teocalli*⁴ mayor. Después.... después no nos veremos más. Su voz, al decir esto, tomó una expresión de dulzura indefinible, y un torrente de contenidas lágrimas brotó de sus negros y hermosos ojos.

XI

Todas las gestiones que se hicieron para obtener del Rey que revocase la sentencia formulada contra su hijo, fueron inútiles, y al día siguiente, á la hora en que los sacerdotes aguardaban en el atrio del *Teocalli*, con el rostro vuelto hacia el Oriente, la salida del sol para sacrificarle las dos codornices, entonarle himnos al són de la música é incensarlo con el aromático *copalli*,⁵ el desventurado Príncipe expiaba en el patíbulo un amor nunca rebelado ni correspondido, y la abnegación con que hasta un momento fatal había guardado su secreto. El inmenso gentío que presenciaba la ejecución guardaba una actitud tristemente silenciosa, en la que se veía la honda impresión que le causaba aquel terrible acontecimiento.

Todos los historiadores están conformes en el profundo dolor que causó al Rey *Netzahualpilli* la ejecución efectuada en su hijo más querido, y en verdad que sólo estudiando concienzudamente la historia de aquellos hombres, puede comprenderse la extraña mezcla de grandeza y pequeñez, de crueldad y vir-

tud, de ignorancia y cultura que los caracterizaba, y no en balde ha llamado uno de estos historiadores á *Netzahualpilli* «terror de magistrados injustos y severidad personificada»; severidad que años después le concitó enemistades entre los reyes sus aliados, y venganzas que le fueron perjudiciales para la tranquilidad de su reino.

Cinco días después de los acontecimientos referidos, tiempo que los cadáveres de los nobles permanecían expuestos á la expectación pública, se veía en el atrio del *Teocalli* principal una alta pira formada de maderas resinosas y odoríferas preparada para recibir el cadáver del Príncipe.

El cortejo fúnebre, compuesto de la nobleza, los parientes del difunto, y una inmensa muchedumbre del pueblo, llegó al atrio, conduciendo el cadáver del que unos días antes era la esperanza del reino, y el encanto de los que conocían su nobleza de sentimientos, su elevada inteligencia y la ternura de su corazón.

Los sacerdotes recibieron al difunto Príncipe de manos de la nobleza; colocándolo en el acto sobre la pira y prendiéndole fuego, instantáneamente empezó á levantar rojizas llamas envolviendo en una ascua al que ya estaba en la presencia del elemento *Tlazoltcoatl*.

Repentinamente apareció en medio de aquella compacta y heterogénea multitud una mujer de bellísimas formas, medio desnuda, destrenzado el lustroso y negro cabello, y cubierto el rostro con una máscara que impedía ver sus facciones y conocerla.

Jadeante por la lucha que había sostenido para conseguir llegar hasta la pira, se detuvo, cobró aliento, y después, con un grito del alma, pronunció estas palabras: «¡Príncipe Nauhyotl, estás vengado!».... Y antes de que nadie pudiera detenerla se arrojó á la pira, perdiéndose entre las llamas y el humo que envolvían ya dos cadáveres.

Algunas horas después se supo que un señor de la corte había muerto repentinamente, herido con la violencia del rayo, por una mujer del pueblo, de las muchas que llamaban *hechiceras*, la cual había lanzado al rostro del magnate una sustancia líquida é inflamable, al mismo tiempo que le atravesaba el corazón con una enorme espina.

El muerto era el delator del Príncipe, y la *hechicera*, la mujer encargada por Tula para vengarlo.

XII

Desde el día de los funerales del Príncipe el palacio de la favorita se hallaba cerrado, y ella había desaparecido sin que nadie supiera dónde estaba.

De conjetura en conjetura vino á comprenderse que la mujer enmascarada que se había arrojado á la pira era ella, la hermosa Tula, que llena de amor y de remordimientos había ido á ofrecerse en holocausto, muriendo, para acompañar al Príncipe en su viaje de ultra-tumba, por el *rio de las nueve aguas* y los *ocho vastos desiertos* que conducían á la morada de *Tlalocatenelli*¹ adonde los aguardaban las eternas delicias reservadas á los nobles y á los buenos.

Aunque el fin de este episodio no es rigurosamente histórico en lo que se refiere á la Señora de Tula, las tradiciones populares le dan este desenlace trágico que bien puede admitirse, pues ni está en pugna con la verdad histórica del personaje, ni desmiente su elevación de alma; al contrario, la convierte en una heroína del amor, y patentiza las verdaderas costumbres de aquellos tiempos y de aquellas razas.

ANTONIO DE P. MORENO.

REVISTA DE MODAS.



ON el radiante sol de Mayo empiezan á hacer su aparición las bellas muselinas de fondo claro, estampadas de preciosos matices; los satenes de algodón y los crespones de lana floreados sobre fondos blancos, beige, azul y rosa. ¡Qué delicadeza de colorido! ¡Qué artística la ejecución de esos tejidos que realizan el más bello ideal de un traje de verano! Para las jóvenes, dibujos persas de muchos colores, ramas de alelí, de lilas ó de miosotis sobre fondos rosa ó arena; capullos de rosa sobre azul sèvres, ó diminutos claveles sobre gris ó rosa. Para señoras de más representación, pero jóvenes todavía, los mismos estilos sobre azul marino, ciuella, mirtó ó cobre, y alternando con ellos los tejidos de jergas caladas á listas

¹ Señor del Paraíso.

¹ Deldad que invocaban los indios para librarse de la infamia y obtener el perdón de sus faltas.

² Inferno ó lugar adonde iban las almas de los perversos.

³ Deldad invisible y suprema.

⁴ Templo.

⁵ Ceremonia diaria al salir el sol.